

Revista Vectores de Investigación

Journal of Comparative Studies Latin America

ISSN 1870-0128

ISSN online 2255-3371

Carlos Eduardo Martínez Hincapié

**La cultura emergente de la no-violencia y la crisis
de la civilización**

**THE EMERGING CULTURE OF NON-VIOLENCE AND
THE CRISIS OF CIVILIZATION**

Vol. 7 No. 7, 159-182 pp.

MONOGRAFÍA NO-VIOLENCIA

159

**Carlos Eduardo
Martínez
Hincapié**
*Centro
de Pensamiento
en Paz y
Ciudadanía,
Uniminuto,
Bogotá,
Colombia*

Palabras claves:

*Cultura, crisis
ecológica,
amenaza
nuclear, crisis
de la obediencia,
no-violencia*

Key Words:

*Culture,
ecological crisis,
nuclear threat,
crisis obedience
nonviolence*

La cultura emergente de la no-violencia y la crisis de la civilización

THE EMERGING CULTURE
OF NON-VIOLENCE AND THE CRISIS
OF CIVILIZATION

ENVIADO 28-6-2013 REVISADO 20-11-2013
ACEPTADO 11-22-2013

RESUMEN La cultura que nos hegemoniza está en crisis porque algunos de los imaginarios que la sustentan amenazaron seriamente la vida y ello provoca la revisión social de los mismos, esto da paso a una nueva forma de leer e interpretar la realidad y los conflictos, a lo cual se nombra en este texto como la cultura emergente de la no-violencia. La amenaza nuclear, la crisis ambiental y de la obediencia

son algunas de las evidencias y este escrito hace algunos acercamientos que invitan a trabajar colectivamente para evidenciar y legitimar las nuevas formas de comprendernos como humanidad.

ABSTRACT Abstract: We hegemonizes culture is in crisis because some of the imaginary that sustain life are seriously threatened and this is causing social reviewing them, giving way to a new way of reading and interpreting reality and conflict here is named as the emerging culture of non-violence. The nuclear threat, environmental crisis and obedience are some of the evidence and this

paper makes some invite approaches that work collectively to highlight and legitimize new ways to understand as humanity.

1 Introducción

160

Nos encontramos en medio de una crisis de civilización: la cultura que nos hegemoniza cada vez tiene mayores dificultades para sostenerse en el alma de los seres humanos. La violencia, su columna vertebral, ha llegado a niveles en los que hemos sentido profunda vergüenza de especie, llevándonos a cuestionar su pretendida legitimidad y a develar sus múltiples disfraces.

Es una crisis que se evidencia en los límites de la guerra, la crisis ecológica y el cuestionamiento de uno de sus mejores instrumentos de legitimación social: la obediencia irrestricta y sin cuestionamientos a lo que definen los poderosos.

En este escrito voy a intentar analizar algunas manifestaciones de la cultura hegemónica que hoy van en contravía de la vida. Las culturas y los imaginarios que las componen nacen y se legitiman por su consonancia con la vida y, en consecuencia, cuando crecen las evidencias de que su utilización sistemática acaba por amenazar a la vida, entran en un proceso de deslegitimación social que plantea una crisis de civilización. Crisis, porque muchas de nuestras formas de hacer y de pensar se empiezan a percibir como suicidas, sin que aún hayamos construido alternativas. Y no podemos pensarnos sin la cultura pues ella es el espejo que nos devuelve la realidad; sin ella no seríamos capaces de leerla, entenderla ni interpretarla. Y la crisis es un tránsito: sabemos que muchos de los imaginarios que hoy guían nuestro actuar ya no se sostienen, pero nos cuesta dejar de usarlos mientras no existan otros que le den nuevo sentido a nuestras relaciones. Estos imaginarios emergentes ya se insinúan, pero deben realizar un proceso de seducción colectiva demostrando, en lógica de persistencia, su capacidad para garantizarnos de nuevo la supervivencia. En ello nos encontramos.

De alguna manera, la cultura es una especie de contenedor en el que se vierte la realidad, determinando sus comprensiones, sus alcances y limitaciones, las interpretaciones que se hacen de la misma y sus niveles de significación. Dicho de otro modo, la cultura es una especie de cuenco, y la realidad es el líquido que se deposita en él adquiriendo la forma que define aquel, haciendo que la realidad sea entendida y vista de la misma forma, con pocas posi-

bilidades de transformación, en la medida en que dicha repetición es la que garantiza la continuidad de la vida.

Cuando los cambios no logran transformar los imaginarios atávicos que definen las formas del cuenco, ellos terminan siendo leídos desde las significaciones existentes, construyendo un discurso, en apariencia distinto, pero que no llega más allá de llamar de forma diferente a lo ya existente, lo que podríamos nombrar como “eufemismos culturales”. La mayoría de los cambios están circunscritos al ámbito del cuenco mismo, que está construido en un material con varios niveles de flexibilidad, pero que no deja de determinarlos desde sus formas, “domesticándolos” al ser interpretados desde sus propios límites, pues no logran trascender el universo de las significaciones culturales. Y ello ocurre de forma repetida mientras exista el acuerdo colectivo -legitimación- de que la continuidad de la vida está sujeta a la existencia de los imaginarios atávicos que la sustentan.

Nos estamos dando cuenta de que el problema es del cuenco; no del contenido sino del contenedor, y no es fácil imaginar las formas que ha de tener este nuevo cuenco. Intuimos que ha de ser multiforme, con posibilidades de vericuetos internos y externos, con varias entradas y salidas...

No es posible definir previamente la “bondad” de los cambios. Esto también es un proceso de reflexión colectiva, que se ha de dar por la consonancia entre aquellos cambios y la imprescindible protección de la vida y, como dice Augusto Ángel Maya, en medio de la incertidumbre:

La resiliencia cultural frente al medio es frágil. Puede desmoronarse, porque el hombre no encuentra los medios tecnológicos o las formas organizativas y los instrumentos teóricos para superar la crisis. Lo que diferencia el peligro actual de los anteriores es que este se ha hecho planetario y se extiende a la totalidad del sistema vivo. Como en el pasado, la exigencia consiste en encontrar los instrumentos culturales adecuados para la supervivencia de la vida. Ello no está garantizado. La crisis ambiental consiste en que no necesariamente está garantizado el éxito. La incertidumbre es la raíz de la creatividad cultural (Ángel Maya, 1995:3).

Es necesario explicitar los cambios que, a mi forma de ver, ya se

están decantando, no sólo a través de nuevas formas de pensar, sino también de nuevas formas de hacer; ya están ocurriendo, pero aún sin la suficiente visibilidad social como para ser considerados alternativas a la cultura hegemónica.

Esta lucha y este tránsito se están dando no sólo en el campo de lo público, sino que también están ocurriendo en el ámbito de lo privado, en el interior de todo tipo de estructura organizativa y, por supuesto, dentro de las personas.

No pretendo hacer una reflexión teórica sobre los componentes de la crisis, sino evidenciarla a través de los hechos; mostrarla, no demostrarla, porque lo primero nos permite acercarnos a verdades abiertas, a lecturas siempre nuevas y sugerentes, mientras lo segundo se empeña en elaborar una nueva verdad única frente a la cual sólo hay un camino posible: plegarse a ella.

2 Las evidencias de la crisis: la amenaza de una destrucción nuclear y la ruptura de los equilibrios ecológicos que protegen y garantizan la vida

Un minuto después de la última explosión, más de la mitad de los seres humanos habrá muerto, el polvo y el humo de los continentes en llamas derrotarán a la luz solar, y las tinieblas absolutas volverán a reinar en el mundo. Un invierno de lluvias anaranjadas y huracanes helados invertirá el tiempo de los océanos y volteará el curso de los ríos, cuyos peces habrán muerto de sed en las aguas ardientes, y cuyos pájaros no encontrarán el cielo. Las nieves perpetuas cubrirán el desierto del Sahara, la vasta Amazonía desaparecerá de la faz del planeta destruida por el granizo, y la era del rock y de los corazones trasplantados estará de regreso a su infancia glacial. Los pocos seres humanos que sobrevivan al primer espanto, y los que hubieran tenido el privilegio de un refugio seguro a las tres de la tarde del lunes aciago de la catástrofe magna, sólo habrán salvado la vida para morir después por el horror de sus recuerdos. La Creación habrá terminado. En el caos final de la humedad y las noches eternas, el único vestigio de lo que fue la vida serán las cucarachas.

Desde la aparición de la vida visible en la Tierra debieron transcurrir 380 millones de años para que una mariposa aprendiera a volar, otros 180 millones de años para fabricar una rosa sin otro compromiso que el de ser hermosa, y cuatro eras geológicas pa-

ra que los seres humanos a diferencia del bisabuelo pitecántropo, fueran capaces de cantar mejor que los pájaros y de morirse de amor. No es nada honroso para el talento humano, en la edad de oro de la ciencia, haber concebido el modo de que un proceso milenario tan dispendioso y colosal, pueda regresar a la nada de donde vino por el arte simple de oprimir un botón. Para tratar de impedir que eso ocurra estamos aquí, sumando nuestras voces a las innumerables que claman por un mundo sin armas y una paz con justicia. Pero aún si ocurre -y más aún si ocurre-, no será del todo inútil que estemos aquí. Dentro de millones de millones de milenios después de la explosión, una salamandra triunfal que habrá vuelto a recorrer la escala completa de las especies, será quizás coronada como la mujer más hermosa de la nueva creación. De nosotros depende, hombres y mujeres de ciencia, hombres y mujeres de las artes y las letras, hombres y mujeres de la inteligencia y la paz, de todos nosotros depende que los invitados a esa coronación quimérica no vayan a su fiesta con nuestros mismos terrores de hoy. Con toda modestia, pero también con toda la determinación del espíritu, propongo que hagamos ahora y aquí el compromiso de concebir y fabricar un arca de la memoria, capaz de sobrevivir al diluvio atómico. Una botella de náufigos siderales arrojada a los océanos del tiempo, para que la nueva humanidad de entonces sepa por nosotros lo que no han de contarle las cucarachas: que aquí existió la vida, que en ella prevaleció el sufrimiento y predominó la injusticia, pero que también conocimos el amor y hasta fuimos capaces de imaginarnos la felicidad. Y que sepa y haga saber para todos los tiempos quiénes fueron los culpables de nuestro desastre, y cuán sordos se hicieron a nuestros clamores de paz para que esta fuera la mejor de las vidas posibles, y con qué inventos tan bárbaros y por qué intereses tan mezquinos la borraron del Universo (García Márquez, 1986).

Este fragmento del texto de García Márquez, llamado *El cataclismo de Damocles*, nos introduce de forma poética, pero no por ello menos angustiada, en el sentimiento de crisis cada vez más compartido por un mayor número de ciudadanos y ciudadanas, con que nos ha correspondido transitar por la vida en los últimos cien años. La amenaza nuclear¹ es sólo una dimensión de esta crisis. Los

¹ En 1959, el filósofo vienés Günther Anders inicia una fluida correspondencia con Claude R. Eatherly, el hombre que piloteaba el avión que tiró la pri-

frágiles equilibrios construidos en la historia del planeta, y de los que somos uno de sus resultados, están cada vez más amenazados y deteriorados, sin que alcancemos a vislumbrar si la capacidad de adaptación de las diferentes expresiones de la vida responderá a unas nuevas condiciones. Lo que más angustia produce es el saber que la intervención de los seres humanos es la responsable directa de muchas de estas rupturas. Nos hemos creído dueños del planeta, hemos arrinconado o desaparecido a todos nuestros depredadores naturales, sin entender cuánto dependíamos de ellos. Hemos supeditado la vida a intereses de poder político, militar o económico, sacralizándolos con filiaciones divinas, guerras santas o manos invisibles y, bajo su manto, hemos destruido, arrebatado, esquilado, y sometido cuantas expresiones de vida y recursos hemos encontrado, creyendo hacer lo correcto. Y tal vez aquí está la clave de una nueva reflexión. La cultura humana se ha ido labrando como mecanismo de sobrevivencia y, en la medida en que la hemos escindido de la vida, ella se ha convertido en la justificación para atacarla, amenazarla, destruirla. Hemos creído estar haciendo lo justo y lo correcto y, sin embargo, los resultados negativos son cada vez más evidentes.

Para poder ver las dimensiones de la llamada “crisis civilizatoria” hemos de referirnos al siglo XX y lo que llevamos del XXI, con el fin de concatenar diferentes hechos históricos que nos permitan observar los aspectos que la definen. Esta “crisis civilizatoria” hace referencia a un cuestionamiento profundo de la cultura que hasta ahora ha soportado las relaciones entre los seres humanos y de los mismos con la naturaleza, basadas en la violencia, entendida como el aprendizaje cultural a través del cual resolvemos los conflictos².

mera bomba atómica sobre la ciudad de Hiroshima. Ante la monstruosidad de lo sucedido, Eatherly decide hacerse pacifista y dedicar su vida contra las armas nucleares, no sin antes pasar varios años recluido en hospitales psiquiátricos. Anders construye en su libro una reflexión sobre los límites de la propia conciencia en un mundo tecnificado que nos impide medir las verdaderas proporciones de las acciones individuales y la necesidad de llevar a cabo una labor de concienciación, utilizando para ello el caso Eatherly (Anders, 2002).

Ver también Jaspers (1996) hace en este libro una reflexión sobre la responsabilidad de los científicos que se ponen al servicio de gobiernos a quienes solo les interesa el predominio geopolítico. La combinación entre innovación técnica e ingenuidad política los convierte en títeres del poder.

² Jonathan Schell nos dice hasta qué punto nos ha conducido la utilización de este aprendizaje: “Si un dios maligno hubiera convertido la sociedad humana

La crisis ya es innegable; lo que puede existir son dos lecturas de la misma que nos llevan a la búsqueda de distintas salidas: un momento de readaptación de los patrones culturales hegemónicos, o un espacio de ruptura de los mismos o, al menos, de algunos de ellos³. La primera salida, que se construye sobre la idea de que la capacidad humana para innovar y avanzar tecnológicamente será capaz de resolver la crisis coyuntural, sólo ha de llevarnos a un aplazamiento temporal de la misma. La segunda, supone develar aquellos imaginarios que han de ser transformados, y trabajar en los puntos de fuga que lo posibiliten.

Dos son las situaciones que evidencian con mayor profundidad el sentimiento cada vez más generalizado de inviabilidad de nuestro esquema civilizatorio: la crisis ambiental y la capacidad destructiva de la industria de la guerra.

2.1 La crisis ambiental

Es el resultado del “imaginario cultural atávico” que plantea la dominación de la naturaleza por parte del ser humano, con todas sus legitimaciones antropocéntricas. Los avances tecnológicos han estado al servicio de hacer cada vez “más efectiva” esta dominación, acrecentada por un modelo económico que basa su crecimiento en la explotación de los recursos naturales renovables y no renovables, hasta el punto de poner incluso a los primeros, que por definición se renuevan, en la cercana posibilidad de no hacerlo⁴.

en un laboratorio infernal para explorar los extremos más radicales de la violencia, con el único límite de la extinción de la especie humana, difícilmente podría haber superado la historia del siglo XX” (Schell, 2005:23-24).

³ Para no caer en la construcción de un nuevo dualismo entre adaptación y ruptura, habrá que admitir que no es posible plantearse un proceso creativo sin entender que el mismo es una construcción que no se elabora en el aire, sino a partir de lo existente; que no sucede de un momento a otro, como el resultado de la imposición de una idea brillante de individuos particulares, sino como la decantación social de necesidades sentidas en ámbitos privados y públicos, que van abriéndose camino y concretándose en alternativas culturales.

⁴ Como lo evidencia Juan Carlos Pérez: “Para llegar a tal conclusión se toman como eje las variables desarrollo sostenible y conservación de la biodiversidad. Los datos que arroja esta ecuación son más que preocupantes: los seres humanos estamos consumiendo un 20% más de recursos naturales de los que

A modo de ejemplo, es cada vez mayor la certeza de que si seguimos incrementando la explotación pesquera, puede darse la desaparición de especies marinas, pues el desarrollo de esta industria está llevando a pescar más rápido de lo que necesitan las propias especies para reproducirse, afectando el frágil equilibrio de la biodiversidad y estamos entendiendo que existe una relación directa entre biodiversidad y supervivencia de la especie⁵.

El cambio climático, provocado por efectos de una industrialización asociada al capitalismo como sistema de producción, cuya fuente de energía fundamental ha sido la utilización de combustibles fósiles, es otra campanada de la crisis, sobre la que se habla mucho pero se actúa poco. Ya es habitual escuchar sobre los “fracasos” de las cumbres que pretenden controlar la emisión de gases de efecto invernadero a la atmósfera, por las consecuencias que esto puede tener sobre el crecimiento económico de los países, y sobre la acuciosa necesidad de plantearse nuevos paradigmas del desarrollo que no dependan de un aumento progresivo en los niveles de consumo. Pero estas decisiones no hay quién las tome, porque se pretende que lo hagan los gobiernos de los países implicados y estos no están dispuestos a asumir las consecuencias de las mismas sobre las prácticas de consumo de sus ciudadanos y sobre las empresas que financian sus campañas.

Como advirtió el informe científico elaborado por políticos, economistas y académicos de todo el mundo *Afrontar el desafío del*

la Tierra puede producir. Eso significa que los altos niveles de consumo planetario no dan tiempo a la naturaleza para que se regenere. Otros datos que mide este estudio son las tendencias poblacionales de más de mil especies. Desde 1970 a 2000, las poblaciones de especies terrestres han descendido un 30%, mientras que las de agua dulce han sufrido una sustancial caída del 50%. La mitad de los bosques originales han desaparecido y otro 30% está degradado o fragmentado; las flotas industriales han acabado con el 90% de los grandes peces depredadores en sólo medio siglo” (Pérez Jiménez, 2007: 41-42).

⁵ Como dice Jordi Bascompte: “La gran característica del planeta Tierra es precisamente su rica biodiversidad y es precisamente ésta la que proporciona una serie de servicios imprescindibles para que nuestra especie pueda mantener su calidad de vida: desde la provisión de agua, a la polinización o al aprovechamiento de alimentos. Los ciudadanos ya han entendido la importancia de esta característica, pero también es necesario que afrontemos que en estos momentos nos encontramos en el umbral de transición de la destrucción de la biodiversidad. Eso significa que nos acercamos a un punto de no retorno”. Jordi Bascompte, profesor de investigación en la Estación Biológica de Doñana del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

clima, que se publicó con ocasión de la Conferencia Mundial sobre Biodiversidad en París, en el año 2005, podemos estar llegando en sólo diez años (2015) al punto del no retorno.

El informe *Cambio climático 2007: Evidencia científica*, elaborado por más de 800 autores, revisado por 2500 científicos de 130 países, y dado a conocer en la Reunión Internacional del Panel Intergubernamental de Cambio Climático concluyó que “existen suficientes evidencias científicas para establecer una relación entre las emisiones contaminantes del ser humano durante los pasados 250 años y los dramáticos cambios en el clima de la Tierra, los cuales son una amenaza a su civilización y al futuro de nuestro planeta”⁶.

Pese a lo anterior, como ya decíamos, los dirigentes del mundo siguen apoyando unas relaciones económicas que responden a los intereses particulares de las multinacionales y de los centros financieros sin tomar medidas efectivas que conduzcan a aminorar los riesgos que se ciernen sobre la vida en el Planeta. La pasividad de los centros del poder político y económico -y tal vez precisamente por ello- ha acrecentado la preocupación sobre el sistema civilizatorio que nos sustenta, y está ya insertada en un sentimiento de humanidad.

2.2 La amenaza nuclear

La segunda situación que evidencia la crisis de la sociedad humana responde al imaginario atávico que legitima la violencia como método para dominar y destruir al mal, encarnado en la figura del enemigo. La llamada “guerra fría” respondió a este imaginario profundamente simple. La percepción del enemigo ubicado en Oriente u Occidente, dependiendo del lugar de sus protagonistas, potenció a niveles inimaginables la industria de la guerra⁷, con el fin de inhibir en el enemigo cualquier intención de avanzar más allá de las fronteras establecidas al finalizar la Segunda Guerra

⁶ http://www.portaldelmedioambiente.com/articulos/535/468_anos_del_pet_rolero_del_remedio_para_la_gota_al_calentamiento_global/ (consultada el 2-03-11).

⁷ La guerra fría cambia con el uso potencial de la guerra nuclear porque ya no permite la dominación de unos sobre otros, sino la destrucción de todos, luego rompe el ejercicio para el que sirve la guerra como máxima expresión de la violencia.

Mundial⁸.

E. P. Thompson, importante pacifista inglés, trabajó su tesis del *Exterminismo* afirmando que esta tendencia de la humanidad se mantiene y consolida en el sustento permanente de este imaginario del enemigo⁹.

168

Su esfuerzo consistió en demostrar cómo esta tesis pretendía enmascarar los intereses económicos y militares de las potencias enfrentadas, haciendo de esta competencia el impulso de sus economías y sus sociedades con base en la construcción de este enemigo permanente y acercando, de paso, la posibilidad de la destrucción de la vida en el planeta¹⁰.

Detrás de la amenaza constante se legitimó la idea de un estado de la seguridad que aún hoy justifica todo tipo de acciones totalitarias y represivas a cuyo interés debe supeditarse cualquier otra responsabilidad del poder¹¹.

⁸ “La bomba atómica que destruyó Hiroshima reverberó en todos los ámbitos de la existencia humana. Situó a nuestra especie ante el riesgo de la extinción por su propia mano. Marcó un punto de inflexión en el equilibrio de poder entre la humanidad y la naturaleza, poniendo a la segunda en peligro a causa de la depredación humana. Cuestionó una de las bases morales de toda civilización que los esfuerzos colectivos de los seres humanos servirán para lograr una vida mejor. Pero en nuestro contexto, su consecuencia más importante fue que volvió impracticable —y de manera irreversible— el sistema de guerra global” (Schell, 2005: 73).

⁹ “El análisis basado en la peor hipótesis posible de que el otro pueda ser un enemigo es lo que justifica la disuasión. Es natural que los Estados, en tiempo de guerra, adquieran poderes de emergencia. Lo que distingue la era de la Guerra Fría es que la hipótesis de la ‘emergencia’ se construye en la rutina de la vida diaria de un Estado en tiempo de paz. Esto suple, mediante la autoridad del Estado moderno, lo que suponía la hipótesis de Satán en la iglesia medieval” (Thompson, 1985a: 147).

¹⁰ “La Guerra fría se ha convertido en un hábito, en una adicción. Se trata, no obstante, de un hábito sostenido por intereses materiales muy importantes en ambos bloques: sus complejos militar-industriales y de investigación, sus servicios de seguridad e inteligencia y los servidores políticos de esos intereses. Tales intereses dirigen una gran parte de los recursos y habilidades de cada sociedad, influyen la orientación de sus economías y desarrollo social, y es precisamente en interés de estos intereses por lo que aumentan cada día más esas cuotas de recursos y esa influencia” (Thompson, 1985b: 138).

¹¹ “Es la confrontación militar de los dos bloques lo que refresca continuamente las fuentes del totalitarismo, lo que legitima las actividades de los servicios de seguridad, lo que impone definiciones de la realidad de ideología militar, lo que define cualquier tipo de disensión como traición o como contrarrevolucionario, lo que consolida Estados burocráticos represivos, lo que

La sensación de “callejón sin salida” nacida de estas situaciones requiere un análisis que trascienda la política real, que está basada en aquello que es posible hacer en unas circunstancias concretas y que adolece de miradas inmediatistas. Esta perspectiva no puede más que ser cómplice de lo que a corto plazo pareciera inevitable. Sus análisis llegan siempre a la conclusión de que cualquier planteamiento alternativo -como los que sugieren los ecologistas, los pacifistas, o los promotores de la no-violencia-, rondan la utopía y el romanticismo; califican de “idealismo” todo lo que no sea aceptar que sólo es posible seguir hacia adelante, en la misma ruta, aunque ella conduzca a la humanidad y a la vida en el Planeta a su propia destrucción.

Los cambios culturales suponen esfuerzos conscientes y sostenidos de mediano y largo plazo, porque pretenden transformar el pensamiento de las personas y plantear miradas alternativas cuestionadoras de los modelos culturales que han sostenido a la humanidad, así como los imaginarios que sustentan sus creencias. Y para ello es necesario ser profundamente creativos en la construcción de nuevas simbologías y/o nuevas significaciones de las existentes. Ya hay un esfuerzo sostenido en ello, aunque no exista aún el suficiente reconocimiento explícito y consciente de su importancia. La cultura se constituye a partir de los símbolos que permiten leer la realidad; son ellos su mediación por excelencia. Sin embargo, los nuevos movimientos son aún muy vulnerables a una mirada inmediatista que no permite apuestas de mediano y largo plazo, y la construcción de nuevas simbologías responde a esta dimensión en el tiempo¹².

Será importante, entonces, analizar de qué forma la realidad está cuestionando los imaginarios atávicos que sustentan la cultura hegemónica, cómo y por qué hay una crisis profunda de algunos de aquellos imaginarios que se decantaron en el proceso de seden-

limita el espacio de los derechos humanos, y lo que descarta cualquier transición social esperanzadora” (Thompson y Ken Coates-eds., 1981:20).

¹² Como lo afirma Schell: “Recordemos que el uso de tan solo unas pocas decenas de las aproximadamente treinta mil armas nucleares del mundo podría matar a más personas en una única tarde inimaginable que las que murieron en las dos guerras mundiales juntas. Esta tenebrosa perspectiva nos exige que nos distanciamos de las emergencias inmediatas y nos preguntemos si hay otra posible vía a seguir” (Schell, 2005:27).

tarización. De nuevo es importante recalcar que aun cuando hacemos una división de estos imaginarios, ninguno de ellos actúa solo ni es independiente del resto, pues se alimentan mutuamente. Por decirlo de otra forma, se obedece porque hay un poder jerarquizado que regula a través del miedo; hay un poder jerarquizado porque creemos en verdades únicas que, a su vez, se imponen a partir de construir un enemigo, que no es otra cosa que la encarnación del mal. Y el mal está llamado a ser destruido a través de la violencia que ejercen los buenos; por lo tanto, quien ejerce el poder en nombre de la verdad y del bien, tiene el derecho a usar la violencia para someter las fuerzas del mal, por lo que debe ser obedecido.

La amenaza nuclear y la crisis ecológica son la punta del iceberg de la crisis civilizatoria. Su visibilidad está contribuyendo a esta sensación de “estar al borde del abismo” y, de paso, a ir desenmascarando varios de los “imaginarios” que sustentan esta cultura hegemónica y que garantizan que las transformaciones no logren cambiar la “forma del cuenco”.

Estas elaboraciones históricas y sociales se afianzaron por su demostrada capacidad de proteger la vida en aquellos momentos en que su continuidad se vio seriamente amenazada, y sólo pueden ser transformadas en unas circunstancias similares y en la medida en que haya un proceso de deslegitimación social por su capacidad para destruirla. La humanidad se encuentra otra vez en medio de este proceso.

La realidad de los últimos cien años está cuestionando o, al menos, poniendo en entredicho los referentes culturales que nos siguen sustentando. Estamos descubriendo que la “obediencia”, como virtud por antonomasia, nos ha llevado a situaciones que nos avergüenzan como especie; que las “fronteras” físicas e ideológicas nos han conducido a construir enemigos multiplicados a nuestro alrededor y hemos terminado levantando muros de discriminación allí donde hemos observado diferencias religiosas, políticas, de color de piel o de orientación sexual, por nombrar sólo algunas. Nos estamos dando cuenta de que los “unanimismos” empobrecen las culturas y amenazan la necesaria diversidad de la vida, y que detrás de la “verdad única” hemos legitimado despotismos capaces de cometer los peores crímenes. Cada vez tiene menos fuerza el método de construir “chivos expiatorios”, por su incapacidad para plantear soluciones y transformar los conflictos. El “miedo”,

como regulador social por excelencia, ha ido perdiendo terreno y, con él, la esencia de la justicia retributiva como única forma de inhibir comportamientos considerados socialmente inadecuados. El dualismo del “bien” y el “mal” y el predominio de la “fuerza física”, que han construido éticas acomodaticias a los intereses particulares de los más poderosos, se está desmoronando en el crisol de la vida por su capacidad para destruirla, sugiriendo la necesidad de nuevas éticas. Y la columna vertebral de la cultura sedentaria, la “violencia” en todas sus formas, ha ido perdiendo terreno no sólo al develar sus consecuencias, sino también al revelar su incapacidad para construir mundos mejores.

Durante milenios, la obediencia ha sido una virtud social fundamental para garantizar la continuidad de los aprendizajes colectivos. Es el sustento de las instituciones jerarquizadas¹³; de hecho, el funcionamiento de estas depende del aprendizaje de la obediencia y no es gratuito que ella sea una de las características culturales que se interioriza desde la más tierna infancia.

3 La crisis de obediencia

La crisis de este aprendizaje colectivo bebe en las fuentes de los cuestionamientos elaborados hace ya varios siglos por Etiénne de la Boétie en *La servidumbre voluntaria*, y por Henry David Thoreau en *Sobre la desobediencia civil*.

El siglo XX ha puesto esta reflexión en el centro de la preocupación humana. La mayoría de los hechos que hoy nos avergüenzan han dependido, en buena medida, del “deber de la obediencia”, como lo llama Pontara, a partir de una identificación profunda entre quien obedece y el poder que ordena:

El “súbdito” que obedece en base a tal concepción del deber de obediencia es generalmente un sujeto en el que la identificación con el poder (de turno) tiende a ser muy profunda. Es un tipo de persona dotada de ese carácter autoritario por el cual su disposición a someterse y obedecer es automáticamente activada allí dónde él, o ella, ven a una persona, a un grupo o a una institu-

¹³ Puede parecer una redundancia porque tenemos interiorizada la idea de la estructura vertical como condición de toda organización.

ción potente (Pontara)¹⁴.

En la misma perspectiva, Foucault desarrolló su reflexión sobre la “microfísica del poder” y la “domesticación de los cuerpos” (Foucault, 1992), haciendo referencia a cómo se consigue que la gente obedezca hasta su propia muerte, o hasta matar por ello. La microfísica es el lugar o el espacio donde el poder de centro no necesita llegar porque ya está en el propio individuo que interioriza en su conciencia el deber de obedecer.

Las investigaciones sobre la personalidad autoritaria realizadas por el grupo de Theodor Adorno (Adorno, 1950) y los experimentos de Stanley Milgram (Milgram, 1974) sobre la tendencia a la obediencia, nos están permitiendo entender mejor los procesos que se gestan en la obediencia autoritaria.

En el análisis que hace Ana Muñoz del experimento de Milgram, ella descubre cómo los individuos tienen interiorizada la obediencia a la autoridad por encima de sus propios criterios morales.

Según Milgram, lo que sucedió fue que los sujetos entraron en lo que él llamó ‘estado de agente’, caracterizado por el hecho de que el individuo se ve a sí mismo como un agente ejecutivo de una autoridad que considera legítima. Aunque la mayoría de las personas se consideran autónomas, independientes e iniciadoras de sus actos en muchas situaciones, cuando entran en una estructura jerárquica pueden dejar de verse de ese modo y descargar la responsabilidad de sus actos en la persona que tiene el rango superior o el poder. Recordemos que los individuos del experimento accedían voluntariamente a realizarlo, aunque en ningún momento les dijeron que estarían en una situación en la que tendrían que obedecer órdenes. Tampoco era necesario. La estructura social del experimento activaba con fuerza una norma social que todos hemos aprendido desde niños: ‘Debes obedecer a una autoridad legítima’, entre ellos los representantes de instituciones universitarias y científicas (o los profesores en los colegios), policías, bomberos, oficiales de mayor rango en el ejército, etc. Cuando el sujeto entra libremente en una organización social jerárquica, acepta, en mayor o menor medida, que su pensamiento y sus actos sean regulados por la ideología de su institución (Muñoz, 2002: 5-6).

¹⁴ Libro en proceso de publicación (lpp), capítulo I, 22.

Lo mismo concluyó Renato Hevia, estableciendo una relación con la reflexión de Hanna Arendt sobre la banalidad del mal. El sentido del deber, de la obediencia, y no las tendencias agresivas, son los que determinan que personas consideradas normales, trabajadoras, profesionales, tengan comportamientos de extrema crueldad:

Comparando la situación con variados elementos de la vida real, Milgram logró demostrar que un alto porcentaje de gente 'normal' obedece a una figura de autoridad, aun cuando los efectos destructivos de su obediencia estén a la vista. Las conclusiones que él sacó de su trabajo fueron ciertamente escalofriantes: Una explicación que se da comúnmente es que los que aplicaron a la víctima los niveles máximos de shock son monstruos, la franja sádica de la sociedad. Pero si se considera que casi los dos tercios de los participantes caían en la categoría de sujetos 'obedientes', y que eran personas comunes, trabajadores, empleados y profesionales, la explicación se torna muy estremecedora. Después de ver a cientos de personas comunes someterse a la autoridad en nuestros propios experimentos, no puedo sino concluir que la concepción de (Hannah) Arendt sobre la banalidad del mal se aproxima a la verdad más de lo que uno se atrevería a imaginar. La gente normal que aplicó electricidad a la víctima lo hizo por un sentido de obligación -un concepto de sus deberes como sujeto- y no movido por determinadas tendencias agresivas (Hevia, 2000).

Pontara nos confirma¹⁵ que esta tendencia no es exclusiva de la cosmovisión nazi, sino de la cultura occidental y de la cultura sedentaria, porque no es exclusiva de Occidente: la barbarie de la guerra entre China y Japón, los millones de muertos de la revolución cambodiana, por nombrar sólo dos, fueron ejecutados también por individuos que obraron por obediencia y sentido del de-

¹⁵ "Mucho hace pensar que los componentes que juntos constituyen la *weltanschauung* (cosmovisión) nazi sean la expresión extrema de estructuras mentales, tesis, normas, valores presentes y cultivados durante mucho tiempo no sólo en la cultura alemana, sino, más en general, en la cultura occidental. Ni se trata de un fenómeno circunscrito al contexto específico de los doce años de dictadura hitleriana en Alemania. En determinadas condiciones, los componentes que conjuntamente constituyen el núcleo duro de la ideología nazi se pueden verificar, singularmente o todos juntos, en otros contextos" (Pontara, lpp, capítulo I, 3).

ber. No es un problema de locura colectiva, es la expresión de estructuras mentales culturalmente determinadas por la obediencia irrestricta al poder.

“Y si sucedió una vez, puede suceder de nuevo (...) y en cualquier parte”. (Levi, 1986: 164). Una frase similar, pero en pregunta, hace el profesor protagonista de la película *La ola*¹⁶ a sus alumnos, a la que todos responden que no es posible que se repita una experiencia histórica como la del fascismo alemán. Este filme está basado en la novela de Morthon Rhue (1981), que a su vez se inspira en un experimento realizado por un profesor de Palo Alto (California) en 1967. Con el ánimo de enseñarles a sus alumnos lo que era la autocracia, el profesor recrea con ellos una experiencia autoritaria, reproduciendo en una semana y con una facilidad asombrosa las consecuencias sociales que trae consigo una estructura de poder vertical: la satisfacción social que produce delegar la autonomía, el gusto por los uniformes, la obediencia ciega al poder, los sentidos de pertenencia que generan las causas comunes, la desaparición de la individualidad. La película logra jugar con los imaginarios ocultos de quienes la ven¹⁷, pues se evidencian sentimientos de simpatía hacia la experiencia, que maneja un discurso de avanzada y que podríamos definir como “políticamente correcto”, develando que el problema no está en las palabras sino en las estructuras culturales que soportan las experiencias históricas autoritarias¹⁸. Es con la evidencia de los hechos sucedidos en la segunda

¹⁶ Alemania, 2008, dirigida por Dennis Gansel y protagonizada por Jürgen Vogel y Frederick Lau, con una duración de 110 minutos.

¹⁷ Las palabras de Ana Muñoz, referidas al sistema nazi, pueden perfectamente acompañar un análisis de esta película: “Si volvemos de nuevo al régimen nazi, nos encontramos con una estructura marcadamente jerárquica donde predomina la norma de la obediencia por encima de todo, eliminando la responsabilidad del sujeto en sus propios actos. Los uniformes que todos vestían y que lograban que todos parecieran iguales contribuía a que no se viesen como individuos autónomos e independientes, disminuyendo así la percepción de sí mismos; aspectos necesarios, como hemos visto, para que una persona se considere responsable de sus actos. El malestar psicológico que podría aparecer al principio y su tendencia a reducirlo, el castigo a la desobediencia (junto con la exaltación de la obediencia y la fidelidad al régimen) y el racismo que se respiraba en Alemania ya antes de la llegada de los nazis al poder, logró que un gran número de personas inocentes fueran consideradas como seres cada vez más despreciables y merecedores de tantas atrocidades” (Muñoz, 2002: 8).

¹⁸ De nuevo la reflexión de Pontara nos pone sobre aviso con respecto a las estructuras autoritarias que acompañan cotidianamente nuestras sociedades

guerra mundial, con sus setenta millones de muertos, con sus campos de concentración, con las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, con el dolor producido y continuado de sus sobrevivientes, que se plantea la "crisis de la obediencia".

Las reflexiones de Hanna Arendt, con ocasión del juicio al criminal de guerra Adolf Eichmann, nos invitan a introducirnos en campos que nos exigen mayor profundidad. Para Arendt fue muy importante profundizar en las razones que llevaron al nazismo a cometer sus crímenes, tras descubrir que detrás de Eichmann sólo había un hombre que creía obrar bien¹⁹, obedeciendo las órdenes de sus superiores, como lo hicieron los que, de parte de los aliados, bombardearon Dresde²⁰, o Hiroshima.

civilizadas, que pueden repetir lecciones históricas supuestamente aprendidas: "De hecho, mucho deja pensar que vuelva a suceder, que diversos componentes esenciales del nazismo todavía estén ampliamente presentes en el mundo, tanto al norte como al sur, en occidente como en oriente. No pienso tanto aquí en los varios grupos y grupillos neonazis activos en diversos países y que se inspiran directamente en las enseñanzas de Hitler, refiriéndose más o menos abiertamente a su nombre. Pienso más bien en la difusión de modos de pensar, de concebir al hombre y al mundo en muchos sentidos similares a los propios del nazismo, en las estructuras autoritarias y opresivas no muy diferentes de las nazis aún hoy imperantes en mundo, en las formas siempre más brutales y destructivas asumidas por la violencia armada después de la caída del nazismo en Alemania y que parecen ramificarse, justamente, de la violencia dominante en la Alemania de Hitler" (Pontara, lpp, capítulo I, 4).

¹⁹ Como en el caso de los participantes en el experimento de Milgram, Eichmann era un hombre normal y hasta ejemplar: "Seis psiquiatras habían certificado que Eichmann era un hombre normal... Y otro consideró que los rasgos psicológicos de Eichmann, su actitud hacia su esposa, hijos, padre y madre, hermanos, hermanas y amigos, era no sólo normal sino ejemplar. Y por último, el religioso que le visitó regularmente en la prisión... declaró que Eichmann era un hombre con ideas muy positivas" (Arendt, 2009: 46).

²⁰ El bombardeo de Dresde se llevó a cabo hacia el final de la segunda guerra mundial por parte de la Royal Air Force (Gran Bretaña) y la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Con este nombre se suele hacer referencia a los cuatro ataques aéreos consecutivos que se realizaron entre el 13 y el 15 de febrero de 1945, apenas doce semanas antes de la capitulación de la Alemania nazi. Durante los mismos, entraron en acción más de mil bombarderos pesados, que dejaron caer sobre la "Florencia del Elba" cerca de 4.000 toneladas de bombas altamente explosivas y dispositivos incendiarios, arrasando gran parte de la ciudad y desencadenando una tormenta de fuego que consumió el centro histórico de la misma. El número de víctimas varía enormemente en función de la fuente; la línea mayoritaria en la historiografía actual lo cifra entre 18.000 y 35.000 muertos, cantidad inferior a las de otros bombardeos de ciudades del Eje, como Tokio (100.000) o Hamburgo (40.000). El bombar-

¿Qué diferencia hay entre el testimonio de Eichmann, que manifestó su disposición absoluta a obedecer, “y dejó bien sentado que hubiera matado a su propio padre si se lo hubiesen ordenado” (Arendt, 2009: 41), con las declaraciones del militar británico Robert Saundby, quien participó en el bombardeo sobre Dresde, cuando escribió que “ni él ni su superior Arthur Harris eran responsables de la masacre, ya que su deber era, justamente, ‘ejecutar del mejor modo posible’ las instrucciones recibidas del Ministerio de la Aeronáutica que, a su vez, lo único que hacía era transmitir las órdenes recibidas de quien, aún más arriba en la jerarquía del poder, era el responsable último de la conducta de la guerra?” (Saundby, 1963).

Estos dos testimonios nos plantean el problema moral que tiene la humanidad: Eichmann fue condenado a muerte por obedecer órdenes que supusieron la muerte de miles de inocentes. Saundby fue condecorado por la misma razón. El propio Eichmann expresó este dilema moral con sus palabras:

(...) estaba obligado a obedecer las órdenes que se le daban y que había realizado hechos que son recompensados con condecoraciones, cuando se consigue la victoria, y conducen a la horca, en el momento de la derrota. (En 1943, Goebbels había dicho: Pasaremos a la historia como los más grandes estadistas de todos los tiempos, o como los mayores criminales) (Arendt, 2009: 40).

¿Por qué nos horrorizan de distinta forma los crímenes de los vencidos, que los de los vencedores? ¿Qué hace que los crímenes de los primeros sean distintos a los de los segundos? ¿Qué hace que el dolor infligido tenga poca importancia o, dicho en palabras de Arendt, que se “banalice el mal”? Hoy se llaman “daños colaterales de la guerra”. Estas preguntas conectan la reflexión con otros imaginarios atávicos de nuestra cultura sedentaria y hegemónica: la construcción del enemigo, las fronteras, el dualismo del bien y del mal, los chivos expiatorios, entre otros.

deo de Dresde sigue siendo uno de los episodios más polémicos de la segunda guerra mundial. En la actualidad persiste aún el debate sobre si la capital sajona era un objetivo de interés estratégico tal y como aseguran fuentes militares aliadas, o si por el contrario el bombardeo fue una represalia desproporcionada e indiscriminada, o incluso si pudo tratarse de un crimen de guerra.

Lo que sí podemos concluir ahora es que la identidad moral, de la que habla Glover en su relato de los crímenes cometidos en el siglo XX (Glover, 2001), se ve supeditada, lamentablemente en muchos casos, a la obediencia a la autoridad y al poder establecidos. Esta obediencia, que inhibe la responsabilidad moral individual, es un aprendizaje cultural previo a cualquier sentimiento de empatía con el sufrimiento ajeno, en unas sociedades que priorizan la personalidad sumisa²¹.

La banalización del mal no es exclusiva del siglo XX, pero los niveles de horror alcanzados en este siglo nos están exigiendo adentrarnos en sus causas, desenmascarando esas motivaciones atávicas. Los que han tenido la posibilidad de contar la historia oficial han banalizado los crímenes de lesa humanidad cometidos en aras de la pretendida evangelización de América, o la esclavitud de los pueblos africanos, o los miles de desaparecidos en aras de la Razón de Estado en América Latina, o los millones de muertos en la Revolución Cultural en la China de Mao, o la masacre de Tiananmen, o la de Sabra y Chatila. La lista podría ser interminable.

Nos cuesta trabajo admitir que este tipo de personajes sean hijos legítimos de una sociedad que enseña a obedecer por principio; que amenaza a los niños y las niñas desobedientes con castigos celestiales (“la desobediencia es castigada”); que premia a los alumnos obedientes, a los trabajadores sumisos, a los creyentes que no dudan. Vivimos en sociedades en las que los subalternos deben obedecer las órdenes recibidas, así intuyan en ellas trazas de injusticia. No nos es fácil develar la violencia que esconde un despido injusto, si responde a la orden de un jefe, cuando se ha interiorizado desde la niñez la obediencia a los superiores como una virtud pretendida, cuando se enseña a obedecer sin cuestionar, depositando en los padres, el cura, el profesor, el gerente, el político o el superior militar una dosis de bondad infusa, de sabi-

²¹ Como lo recalca Verena Stolcke: “Arendt retrata a Eichmann como la encarnación de la banalidad del mal. Su tesis de la banalidad del mal causa espanto, pues en lugar de tratar el holocausto como episodio aislado de irracionalidad, enjuicia a la humanidad como tal. La amenaza que personificaba Eichmann trascendía la singularidad política del Tercer Reich, pues sus condiciones de posibilidad residían en la propia sociedad moderna burocrática de masas por la falta de empatía por el sufrimiento ajeno, que propiciaba un tipo de personalidad sumisa al orden establecido que ésta había generado” (Stolcke, 2004: 111).

duría superior. Es fácil encontrar en nuestras instituciones adula-
dores del poder, áulicos cuya única preocupación es demostrar su
fidelidad incondicional, facilitando con ello la tentación del totali-
tarismo²².

Aún no nos atrevemos a preguntarnos con suficiente fuerza crítica
cuáles son los “imaginarios culturales atávicos” que definieron
nuestros aprendizajes sociales y que siguen produciendo crímenes
(Martínez Hincapié, 2012); ni cuáles son las nuevas percepciones y
las nuevas culturas que nos permitirían superar esta crisis (López
Martínez, 2009). Como lo señala Arendt, virtudes reconocidas so-
cialmente como la obediencia, el orden y las jerarquías se convir-
tieron en motivaciones para el crimen, y eso, en palabras de Zyg-
munt Baumann, es un problema de nuestras sociedades, nuestra
cultura y nuestra civilización²³.

A menudo este tipo de análisis es interpretado como un esfuerzo
por eximir las responsabilidades individuales en los crímenes. No
se trata de eso. Es indiscutible que ni la “obediencia debida”, ni las
condiciones psicológicas, sociales o económicas, liberan de res-
ponsabilidad, porque siempre está también presente la posibilidad

²² En palabras de Pontara: “Aquí juega un rol importante la idea, amplia-
mente aceptada en la cultura política alemana, pero ciertamente no sólo en ésta,
que hay algo como una autoridad suprema y legítima de jure, es decir, perso-
nas de alguna manera investidas (por Dios, la Historia, por un espíritu del
mundo, por la ciencia o simplemente y brutalmente por el poder que poseen)
de un derecho absoluto de mandar y exigir obediencia a quien está sujeto a
sus órdenes” (Pontara, lpp, capítulo 1, 23).

²³ “Arendt revela las claves estremecedoras imprescindibles de la conducta
de quienes hicieron posible ‘la solución final’. Ni sus ejecutores fueron mon-
struos singulares, ni sus actos fueron excepcionales en la sociedad moderna.
Lejos de haber sido el resultado de una larga y sistemática planificación polí-
tica, consistió en realidad en una sucesión de acontecimientos en sí triviales,
singularmente difusos, automatizados y terriblemente rutinarios, que obvia-
ron cualquier reacción significativa de índole moral (...) Arendt desafía la
concepción convencional de Eichmann como la quintaesencia diabólica del
fanatismo ideológico antisemita (...) virtudes subsidiarias como la obediencia,
la jerarquía y el orden se transformaron en instrumentos del crimen. Lo an-
gustiante de la personalidad de Eichmann es precisamente que, al igual que
muchos otros, lejos de ser un sádico, fuera inquietantemente normal (...)”
Como Zygmunt Baumann concordaría más tarde: ‘El holocausto no fue simple-
mente un problema judío y tampoco un hecho exclusivo de la historia judía. El
holocausto nació y fue ejecutado en nuestra sociedad racional moderna, en un
punto álgido de nuestra civilización y en la culminación de los logros culturales
humanos, y por esta razón es un problema de esa sociedad, civilización y cultura’”
(Stolcke, 2004: 112).

de la desobediencia, sobre la que habló Thoreau, como deber moral; pero es imprescindible, si queremos entender lo que sucede y, principalmente, buscar alternativas, saber analizar los imaginarios culturales que están determinando los comportamientos humanos²⁴.

Particularizar un crimen como el holocausto es seguir creyendo que las condiciones que lo posibilitaron fueron excepcionales, y así seguimos sin aprender. Creemos que el muro de Berlín nada tiene que ver con el muro en Palestina, Ceuta o México; que el exterminio a que es sometido el pueblo Palestino no tiene ninguna relación con las prácticas del holocausto; que Hitler fue un caso excepcional. Me atrevo a afirmar que si Hitler hubiese ganado la guerra, hoy todos y todas saludaríamos con el brazo en alto, renegaríamos de los malvados aliados y pasaríamos, sin sentir vergüenza, por encima del hecho del holocausto, como hoy lo hacemos con la destrucción de Hiroshima y Nagasaki. El expresidente Bush se retiró a su rancho sin que nadie lo llevara a juicio por las guerras que aún persisten, los miles de muertos y los cientos de torturados. Esos hechos no nos producen suficiente vergüenza de especie como para inspirar una condena internacional. Seguimos sin aprender.

Afortunadamente, tanto entonces como ahora, no ha faltado quien le tire un “zapatazo” a Bush²⁵, ni grupos de personas que llevan ante los tribunales a los dirigentes de Israel, aunque eso no tenga más connotación que la fuerza del símbolo. Lo que no terminamos por entender es que tejer en el campo de lo simbólico es

²⁴ “Del mismo modo, los experimentos de Milgram pueden ayudarnos a entender la masacre de My Lai, ordenada por mandos norteamericanos durante la guerra del Vietnam, o las torturas y desapariciones durante la dictadura chilena. E incluso una excesiva obediencia a la autoridad podría llevar a errores médicos, debido a que los enfermeros pueden hacer algo que saben que perjudicará a un paciente simplemente porque el médico se los ha ordenado. Algo semejante puede suceder también en un avión. En ambas situaciones es muy difícil, tanto para el enfermero como para el miembro de la tripulación, convencer a su superior de que está en un error, y la persona que sustenta la autoridad no suele permitir que sus órdenes sean cuestionadas. Según una revisión de los datos realizada en Estados Unidos, un 25% de los accidentes de avión pueden deberse a una obediencia excesiva” (Muñoz, 2002: 8).

²⁵ Un periodista iraquí tiró sus dos zapatos contra Bush, llamándole “perro”, en diciembre de 2008, haciéndose vocero de la profunda indignación que produce la inmunidad que tienen los crímenes cometidos desde el poder.

la única posibilidad de garantizar que las cosas puedan ser distintas. Hoy, miles de personas, cuando quieren rechazar actos del poder, caminan con un zapato ensartado en un palo. La detención de Pinochet en Londres fue tanto o más importante que haberlo condenado a muchos años de cárcel, porque ayudó a la humanidad a deconstruir el símbolo que estaba montado sobre el “éxito económico” de Chile, sin importar el precio pagado.

Habrà que repensar la obediencia y enseñar a discernir para que no se convierta en el sustento ciego del autoritarismo. El problema no es la obediencia, pues hay circunstancias en que sigue siendo importante, pero ha de ser una obediencia constructiva, crítica, selectiva, y nunca absoluta. Hemos de aprender a obedecer y a desobedecer, haciendo de ellas virtudes sociales que pueden y deben ser emuladas y reconocidas, según el caso. No obstante, hay que tener en cuenta que la primera ya tiene una aceptación social, un camino recorrido en la cultura que nos hegemoniza, mientras la segunda es perseguida, lo que supone que habrá que enfatizar más en esta última.

4 A modo de conclusiones

La cultura que emerge de la mano de la protección de la vida, la cultura de la no-violencia, se nutre, se inspira, se va conformando con los aportes del pacifismo y su cada vez más fuerte deslegitimación de las guerras; con los aportes de las acciones y reflexiones de los ecologistas y medioambientalistas que están desmontando las fronteras levantadas entre los animales humanos y el resto de los seres vivos, proponiendo una nueva ética de la vida; con las reflexiones de Thoreau y su desobediencia civil y con el radicalismo pacifista de León Tolstói; con los actos de desobediencia civil en masa convocados por Gandhi en sus luchas por la independencia de la India y la persistente desobediencia a las leyes que amnistiaron a los asesinos de sus hijos de las madres de la plaza de Mayo; con los Indignados que cuestionan con su presencia esa pretendida autoridad de quienes aparecen como únicos depositarios del poder, deslegitimando las adhesiones acríticas.

Es la cultura de la no-violencia porque está construyendo creativamente nuevas formas de relaciones entre los humanos y de estos con la naturaleza, desnaturalizando el uso de todo tipo de violencia, que es la columna vertebral de la cultura que aún nos

hegemoniza, pero que cada vez se sostiene menos en el imaginario colectivo. Tendremos que hacer un esfuerzo consciente para evidenciar y visibilizar los imaginarios que están emergiendo, para darle voz y reconocimiento social a lo que aún se expresa calladamente en medio del ruido de las balas, los golpes, las opresiones, los abusos de poder de quienes se sienten dueños de la vida, porque su codicia o su soberbia, sus capitales o sus armas, les impiden ver que esta nueva cultura que surge de la necesidad profunda de la vida por protegerse, también terminará por salvar sus vidas y las de sus hijos.

Bibliografía

- ADORNO Theodor W., FRENKEN-BRUNSWICK, Else, LEVINSON, SANFORD, R.N. (1950) *The Authoritarian Personality*, New York, Harper and Row.
- ANDERS, Günther (2002) *Más allá de los límites de la conciencia*, Barcelona, Paidós.
- ÁNGEL MAYA, Augusto (1995) *La fragilidad ambiental de la cultura*, Bogotá, Editorial Universidad Nacional de Colombia, Instituto de Estudios Ambientales (IDEA).
- ARENDT, Hanna (2009) *Eichman en Jerusalén*, Barcelona, Ediciones Debolsillo.
- BASCOMPTE, Jordi, *468 años del petróleo: del remedio para la gota al calentamiento global*. http://www.portaldelmedioambiente.com/articulos/535/468_anos_del_petroleo_del_remedio_para_la_gota_al_calentamiento_global/
- FOUCAULT, Michel (1992) *La microfísica del poder*, Madrid, Editorial La Piqueta.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel (1986) *El cataclismo de Damocles*, Conferencia de Ixtapa. México. <http://www.sololiteratura.com/ggm/marquezcataclismo.htm>
- GLOVER, Jonathan (2001) *Humanidad e inhumanidad: Una historia moral del siglo XX*, Madrid, Cátedra.
- HEVIA, Renato (2000) *Torturar obedeciendo órdenes*. Publicado en: www.asuntospublicos.org, Informe N° 32. <http://www.ced.cl/ap/wp-content/uploads/2001/03/32.pdf>
- JASPERS, Karl (1966) *La bomba atómica y el futuro del hombre*, Madrid, Editorial Taurus.
- LEVI, Primo (1986) *I sommersi e i salvati*, Torino, Einaudi, Torino.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, Mario (2009) *Política sin violencia. La no-violencia como humanización de la política*, Bogotá, Uniminuto.
- MARTÍNEZ HINCAPIÉ, Carlos Eduardo (2012) *De nuevo la vida. El*

poder de la No-violencia y las transformaciones culturales, Bogotá, Uniminuto.

MILGRAM, Stanley (1974) *Obedience to Authority*, London, Tavistock Publications.

MUÑOZ, Ana (2002) *La obediencia a la autoridad*, <http://es.scribd.com/doc/6764072/La-Obediencia-a-La-Autoridad-Ana-Munoz-Analisis-de-Milgram>.

PÉREZ JIMÉNEZ, Juan Carlos (2007) *Los hijos de Marte y la cultura del miedo*, Murcia, Editora Regional de Murcia.

PONTARA, Giuliano *La Antibarbarie: La concepción ético política de Gandhi en el siglo XXI* (libro en proceso de publicación).

SAUNDBY, Robert (1963) "Prólogo", *The Destruction of Dresden*, D. Irving, London, William Kimber.

SCHELL, Jonathan (2005) *El mundo inconquistable: Poder, no-violencia y voluntad popular*, Barcelona, Círculo de Lectores.

STOLCKE, Verena (2004) "Lo espantosamente nuevo: Guerra y paz en la obra de Hanna Arendt", *Pensamiento pacifista*, Enric Prat (edición), Barcelona, Icaria.

THOMPSON, Edward Palmer (1985a) *Double Exposure*, London, Merlin Press.

- (1985b) *The heavy dancers*, London, Merlin Press.

THOMPSON, Edward Palmer, COATES, Ken (edición) (1981) *Human Rights and Disarmament. An Exchange of Letters Between E. P. Thompson and Vaclav Racek*, London, Spokesman/CND.